

pensamos que los años depurarán su casi límpido cristal. Por ahora valga esta cita sugerente:

*Silenciosa pienso en la necesidad violenta de tenerte,
de quemar con ceniza silvestre tus labios verdugos de mis labios,
de traerte a mis bosques australes y vestirte de arrayanes y juncos
para que pruebes el vino de otro crepúsculo
y embriagues tus sentidos en el sortilegio esmeralda de los lagos
[silentes.*

“CRÓNICA DE UN SOLDADO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO”, por *Hipólito Gutiérrez*. Editorial del Pacífico.

Un prólogo de don Fernando Castillo I., nos anticipa el sabor popular de este curioso libro; pero es probable que el entusiasmo del prologuista se sobrepase, a lo menos cuando estampa esta afirmación: “Parece difícil encontrar un lenguaje que pueda expresar en forma más directa la realidad de la escena descrita. Eso también es literatura. Nuestros “criollistas” podrían gastar años antes de lograr escribir nada semejante”. Sin ánimo de hacer defensa del criollismo que, por lo demás, no la necesita, insistimos en el excesivo entusiasmo del señor Castillo. Los escritores criollistas, sean del campo o de la ciudad, han buscado, hasta el virtuosismo, la transcripción del lenguaje popular a la página impresa y algunos, los mejor dotados o con mayor experiencia, afinaron el oído a tal punto, que convirtieron la envergadura de la obra en simple lenguaje. Pero hay verdaderos maestros del asunto. Lea quien lo dude *Afuerinos* de Luis Durand o la literatura costina de Mariano Latorre.

El libro que comentamos del soldado Hipólito Gutiérrez pertenece a la categoría de los documentos y por extraña paradoja —como lo afirmó el crítico Eleazar Huerta— este tipo de obras interesa a los filólogos y eruditos, a quienes están más distantes de la ignorancia del pueblo. Pero ha llegado hasta nuestros ojos un texto que corresponde al habla de un hombre, provisto de memoria extraordinaria y

de sagaces dotes de observación. Entre la literatura documental recordamos *Arenas del Mapocho* de Ricardo Puelma, trozo santiaguino incomparable, algo pulido y desvitalizado en la segunda edición. También unas notas necrológicas que nos dieron hace años una visión más directa de la Revolución del 91 que los alegatos en pro y en contra del señor Salas Edwards y de don Julio Bañados.

Pero la disgresión no empaña el mérito ni la gracia de este libro amable que narra la aventura de un chileno del verde y jugoso sur que se enrola para defender su Chile, en las pesadas y calientes tierras del norte. La fe en Dios y en la Virgen, la lógica medición de las circunstancias, según las necesidades del estómago, la limpieza moral que adosa el fondo humano del narrador, su falta de jactancia, hacen de este libro un documental fidedigno, nunca reñido con la interjección directa e indignada.

El apéndice y notas de don Yolando Pino Saavedra, quien parece haber rescatado el original de entre los papeles del doctor Rodolfo Lenz, hacen más comprensible la intención de la crónica. El rústico soldado en manos del maestro universitario no corre los riesgos de Raimundo Lulio, cuando su prosa es raspada por el censor latino. Es posible —conforme afirma el señor Pino— que se trate de un relato reconstruido al regreso de la campaña, más que de un diario de guerra, imposible de preservar en aquel tumulto. El cotejo entre las apreciaciones intuitivas del soldado con los textos de los historiadores, produce coincidencias admirables. Además, el hombre del pueblo metido en una arcaica guerra de hombre a hombre, nos da, sin quererlo, la justa perspectiva, la sobriedad y el salvaje heroísmo, sin alardes, del combate.—L. M. R.

“CIUDAD DORMIDA”, por *Juan Felipe Toruño*. Ediciones “Orto”,
San Salvador

Esta ciudad que duerme entre siestas tropicales y noches de argentas lunas, no es otra que León, Nicaragua, la patria de Rubén Darío y la que, al filo de este siglo, vió nacer a Juan Felipe Toruño.